

quiera el objeto más insignificante» (1). Otro tanto puede decirse de ciertos indígenas de la península de Malaca que «están adaptados naturalmente á los hábitos comerciales.» «No hay parte del mundo, escribe Junkes, en que se cometan menos crímenes que en el distrito de Malaca; todo se reduce á algunos ligeros atentados contra las personas, ó á algunas disputas acerca de la propiedad» (2).

De este modo, libertadas de las reglas coercitivas que las funciones guerreras hacen necesarias, y desprovistas del sentimiento que hace posible la subordinación forzosa; defendiendo sus derechos propios y respetando al par los ajenos; desconociendo los sentimientos vengativos que dan origen á las agresiones exteriores é interiores, estas tribus muestran sentimientos humanitarios en un grado inusitado, en lugar del egoísmo que pisotea á los inferiores, de la sed de sangre, de la crueldad y de los demás caracteres de las tribus y de las sociedades belicosas. Hodgson insiste sobre las amables cualidades de los bodos y los dhimales, y nos dice «que en absoluto carecen de las que son antipáticas» (3). «El santal es amable y hospitalario, sin que se le pueda motejar de servil; cree que las gentes poco caritativas padecerán después de su muerte» (4). Los lepchas, dice Hooker, en lo más espeso de los bosques y sobre las montañas más escuetas, están siempre dispuestos á prestar auxilio, á llevar fardos, á levantar las tiendas, á buscar y á cocer los alimentos; «animan al viajero con el discreto celo que ponen en servirle y se reparten un regalo entre

- (1) R. P. Favre, obra citada, II, 266.  
 (2) Junkes, *Voyage of H. S. S. Phys.*, I, 219.  
 (3) Hadgson, loc. cit. XVIII, 745.  
 (4) Hunter, *Annals*, etc., I, 209.

muchos sin una palabra ni una mirada de disgusto» (1). Los jakunas, dice Favre, «son generalmente amables y corteses, dados á la gratitud y á la beneficencia»; su inclinación no les lleva á pedir favores, sino á hacerlos. Kolffe cuenta que los pacíficos alfarus «tienen la ambición, muy excusable, de adquirir reputación de hombres ricos, pagando las deudas de los vecinos pobres de su aldea». «Un funcionario, M. Bik, me refería un curioso ejemplo de esta costumbre. En Affara, en la elección de jefe de la aldea, habia dos individuos que aspiraban al puesto de *Orang-Tua*. Fué elegido el de más edad, lo cual afligió al principio al otro, pero no tardó en manifestarse contento con la elección hecha por el pueblo, y dijo á M. Bik, que asistía al acto á título de comisario: «¿Qué motivo tengo para apesadumbrarme? Sea ó no *Orang-Tua*, el hecho es que tengo recursos para socorrer á mis convecinos.» Varios ancianos se manifestaron conformes con su opinión, al parecer con el fin de consolarle. El único uso que un alfaru hace de sus riquezas es invertirlas en apaciguar las disensiones» (2).

Estos elementos de superioridad en las relaciones sociales, que se observan en las tribus que viven en paz permanente, traen consigo una superioridad en las relaciones domésticas. Como ya he indicado (§ 327), si la condición legal de las mujeres suele ser muy inferior en las tribus guerreras y en las sociedades belicosas más adelantadas, es, en cambio, mucho mejor en estas sociedades pacíficas primitivas. Los bodos y los dhimales, los kocchas, los santalas y los lepchas son monógamos, como lo eran los *pueblos* de América. Con la monogamia coincide entre ellos una moralidad muy

- (1) Hooker, *Himalayan Journals*, I, 175, 129.  
 (2) Kolffe, *Viaje del Domega*, 168.



elevada en las relaciones sexuales. Entre los lepchas, dice Hooker, «las mujeres son castas por lo común y la fidelidad conyugal es rigurosamente respetada» (1). Entre los santalas, «no se conoce el libertinaje» y «los divorcios son raros» (2). Los bodos y los dhimales no toleran la poligamia, ni el concubinato, ni el adulterio; «se ensalza la castidad en las mujeres y en los hombres, estén ó no casados» (3). Es de notar que en estos pueblos se trata con gran bondad á las mujeres. «El santal trata con respeto á las mujeres de su familia (4).» Los bodos y los dhimales «muestran á sus mujeres y á sus hijas bondad y confianza, y aquellas no están sujetas á trabajo alguno fuera de la casa» (5). Entre los mismos todas, aunque las relaciones sexuales están degradadas, «los maridos tratan á sus mujeres con respeto y consideración» (6). Además, sabemos que, en muchas de estas tribus pacíficas, la condición legal de los hijos es favorable y no se observa ninguna de esas diferencias en la manera de tratar á los hijos varones y á las hijas, que son características de los pueblos militares.

Cuando volvemos á las naciones civilizadas, para estudiar en ellas la forma de carácter individual propia del tipo industrial de las sociedades, tropezamos naturalmente con una dificultad, y es que los rasgos individuales propios del industrialismo están, como los rasgos sociales, mezclados con los que proceden del militarismo. Esto es cosa que sucede evidentemente en Inglaterra. Una nación que toma parte de tiempo

- (1) Hooker, *Himalayan Journals*, I, 184.
- (2) Hunter, *Annals*, etc., 208.
- (3) Hodgson, *J. A. S. B.*, XVIII, 707.
- (4) Hunter, *loc. cit.*, 217.
- (5) Hodgson, *Essays*, I, 150.
- (6) *Journal of Ethnological Society*, VII, 241.

en tiempo en las grandes guerras y que no cesa de sostener luchas con las tribus salvajes; una nación en que el poder pertenece, principalmente en el Parlamento y en la prensa, á hombres cuya educación escolar les ha habituado á tomar á Aquiles por héroe seis días á la semana y á pasar el séptimo admirando á Cristo; una nación en la cual, en los banquetes oficiales, se pronuncian los brindis en honor del ejército y de la armada antes de brindar por los Cuerpos legislativos, no es nación que se haya desprendido del militarismo hasta el punto de que se pueda esperar que en ella aparezcan claramente, ni las instituciones, ni el carácter personal propios del industrialismo. Falta bastante para que los miembros de esta nación estén al nivel de las tribus no civilizadas, pero pacíficas, que hemos citado, si se les compara con ellas, desde el punto de vista de la honradez, de la veracidad y de la humanidad. Todo lo que podemos hacer en nuestras conjeturas es señalar algún progreso hacia los caracteres morales de un estado social que no se viese perturbado por las hostilidades internacionales.

En primer lugar, ha aumentado la independencia con el progreso del régimen del contrato. Como el cambio cotidiano de servicios, mediante convenio, implica, á la vez que la afirmación de los derechos propios, el respeto á los ajenos, ha favorecido el desenvolvimiento de la autonomía personal y la consiguiente resistencia á una autoridad no consentida. La palabra independencia, en su sentido moderno, no se usó en Inglaterra hasta mediados del siglo anterior. En el continente, la independencia es menos marcada, en el día, que en Inglaterra. Estos dos hechos inducen á pensar que hay relación entre este rasgo del carácter y el desarrollo del industrialismo. Se revela



dicho rasgo en la multiplicidad extraordinaria de sectas religiosas, en las divisiones de los partidos políticos y, en una esfera más limitada, en la falta de *escuelas* en el arte, la filosofía, etc., escuelas que no son otra cosa que el resultado de la sumisión de los discípulos al maestro, cosa que todavía se observa en el continente. Creo que nadie negará que en Inglaterra los hombres se muestran más celosos de su independencia que en país alguno y más resueltos á obrar como les parece bien.

El decrecimiento de la subordinación á la autoridad, que es lo contrario de la independencia, supone, naturalmente, la disminución de la fidelidad política. La adoración al monarca, que no ha llegado nunca en Inglaterra al extremo á que llegó en Francia en el siglo pasado ó en Rusia hasta época reciente, se ha convertido en un respeto que depende, en gran parte, de las condiciones personales del soberano. No se emplean ya en nuestros días aquellos términos de extremado servilismo que empleó el clero en la dedicatoria de la Biblia al rey Jacobo, ni tampoco las exageradas adulaciones que la Cámara de los Lores dirigía á Jorge III; la doctrina del derecho divino ha muerto hace mucho tiempo; no se cita ya más que á título de curiosidad arcaica la creencia en un poder sobrenatural inmanente que se revelaba, por ejemplo, en la costumbre de hacer tocar los lamparones al rey, etc. No se defiende la institución monárquica más que por motivos de utilidad. La decadencia del sentimiento que, bajo el régimen militar, unía al súbdito con el príncipe es tan grande, que se expresa hoy la convicción de que si el trono hubiera de ser ocupado por un Carlos II ó un Jorge IV, el país preferiría la república. Este cambio operado en los sentimientos, se manifiesta en la actitud de los

ciudadanos hacia el gobierno, considerado en conjunto. En efecto, no sólo hay muchos que ponen en tela de juicio la autoridad del Estado sobre las cuestiones religiosas y sobre muchas otras, sino que también los hay que oponen una resistencia pasiva á lo que llaman un abuso de autoridad, y prefieren pagar una multa ó ir á la cárcel, antes que someterse.

Como lo indica este último hecho, la decadencia de la fidelidad política va acompañada de la decadencia de la fe, no sólo en los monarcas, sino en los gobiernos. La fe en la omnipotencia de los reyes, que profesaban los habitantes del antiguo Egipto, los cuales suponían que el poder de su soberano se extendía sobre el mundo entero, como todavía se cree hoy en China respecto del emperador, es cosa que no se encuentra en el Occidente. Sin embargo, en las naciones europeas de pasados tiempos, la confianza en el rey soldado, elemento esencial del tipo militar, se manifestaba de otra manera en las ideas exageradas acerca de su poder de enderezar entuertos, de conseguir ventajas y de disponer las cosas á su gusto. Si comparamos la opinión que reina actualmente entre nosotros con la de los primeros tiempos, percibiremos la decadencia de las esperanzas basadas sobre la credulidad. Aunque durante el movimiento de retroceso hacia el militarismo se ha reclamado la intervención del Estado en diferentes proyectos, la verdad es que, hasta el instante en que se inició aquella reacción, habiase producido un gran cambio en el sentido opuesto. Después de rechazar una creencia impuesta por el Estado, se le negó capacidad para definir la verdad religiosa y se hicieron cada vez mayores esfuerzos para quitarle la función de esta clase de enseñanza, considerada inútil y perjudicial en sus manos. Hace mucho tiempo



se ha dejado de enseñar que el gobierno hace un bien reglamentando la alimentación del pueblo, su manera de vestir y sus costumbres domésticas. No creemos ya beneficioso el regular por medio de leyes los innumerables métodos empleados por los productores y los distributores, es decir, los actos que componen la parte más considerable de nuestra actividad social. Además de esto, cada periódico demuestra con sus críticas de los actos del ministerio y de la conducta de la Cámara de los Comunes, la disminución de la fe de los ciudadanos en sus jefes. Y no sólo señalando las diferencias entre el pasado y el presente de Inglaterra, se pueden percibir estas señales de un estado industrial más adelantado. Se ven también en las diferencias del mismo género, que existen entre la opinión pública de Inglaterra y la del continente. Las teorías de los reformadores socialistas de Francia y Alemania prueban que en estos países hay más fe que en Inglaterra en los beneficios que pueden esperarse de la intervención del Estado.

Á la decadencia en la fidelidad política y de la fe en las cualidades de los gobernantes, acompaña la del patriotismo en su forma primitiva. La ambición de combatir «por el rey y por la patria» ocupa hoy muy poco lugar en el espíritu de los hombres. Si bien hay aún entre nosotros una mayoría cuyos sentimientos se expresan en la exclamación ¡el país es antes que todo!, hay muchos que quieren el bien de la humanidad en general, hasta el punto de subordinar á éste su amor al prestigio nacional y de no admitir el sacrificio del primero al segundo. La tendencia crítica que impulsa con frecuencia á los ingleses á hacer comparaciones entre ellos y sus vecinos del continente les lleva ahora más que nunca á reprocharse las injusticias come-

tidas con los pueblos más débiles. Las numerosas y enérgicas protestas que provocó la conducta del gobierno inglés con los afganos, los zulús y los boers demuestran la intensidad de este sentimiento, que llaman antipatriótico las gentes patriotas.

La adaptación del carácter del individuo á las necesidades sociales, adaptación que en el estado militar impulsa al hombre á vanagloriarse de la guerra y á despreciar las ocupaciones pacíficas, ha producido, en parte, entre los ingleses, una predisposición inversa del sentimiento. La profesión militar ha llegado á estar mucho menos considerada, y las profesiones civiles á estarlo mucho más. Durante cuarenta años de paz el sentimiento público llegó á expresarse en términos despreciativos hacia el oficio de las armas, y se creía que los que se enganchaban como voluntarios, por lo común holgazanes y viciosos, ponían con este acto el sello á su deshonor. Asimismo, en América, antes de la última guerra civil, los mezquinos ejercicios militares y las pequeñas revistas que había de tiempo en tiempo eran la irrisión de todos. En cambio los trabajos, tanto corporales como espirituales, útiles para su autor y para los demás, no sólo se han hecho honrosos, sino que han llegado á imponerse. En América, los malévolos comentarios á que se expone el hombre que no se ocupa en nada, le obligan casi á dedicarse á alguna empresa seria, y entre los ingleses, el respeto hacia la vida industrial se lleva tan lejos que se ve á hombres de alta categoría dedicar á sus hijos á los negocios.

Mientras que la cooperación obligatoria, propia del militarismo, proscribire ó desalienta la iniciativa individual, la cooperación voluntaria, que distingue al industrialismo, la abre camino y la fomenta, dejando



que el espíritu emprendedor produzca sus ventajas naturales. Las personas que consiguen buen éxito, gracias á la originalidad de sus ideas y de sus actos, prosperan y se multiplican mucho más que las otras, y crean, andando el tiempo, un tipo general de carácter que inclina á acometer nuevas empresas. La tendencia á la especulación de ingleses y norteamericanos y la extensión que saben dar á sus empresas, tanto en su país como fuera de él, bastan para señalar este rasgo del carácter industrial. Verdad es que, á consecuencia de la disminución considerable del militarismo en el continente, el espíritu emprendedor ha hecho allí grandes progresos; pero en muchas ciudades de Francia y Alemania compañías inglesas han establecido el gas y el agua, mientras que las compañías extranjeras no han implantado en Inglaterra más que muy pocas empresas de este género; lo cual indica que el inglés, modificado en el sentido industrial, posee mayor iniciativa en las funciones de esta clase.

No faltan pruebas de que la disminución de las hostilidades internacionales, asociada al decrecimiento de las hostilidades entre las familias y entre los individuos, trae consigo la debilitación de los sentimientos de venganza. Lo hace pensar el ver que, en Inglaterra, desaparecieron primero las más graves de estas guerras privadas, subsistiendo sólo las menos importantes bajo la forma de desafíos, que también han acabado por desaparecer. En efecto, la cesación del duelo coincide con el reciente desenvolvimiento de la vida industrial, y en las sociedades francesa y alemana, que son más militares, esta costumbre no ha desaparecido todavía. La ley del talión ha decaído tanto en Inglaterra, que se censura, más que se elogia, al

hombre cuyos actos están inspirados por el deseo de tomar venganza de quien le ha agraviado.

Al decrecimiento de las inclinaciones agresivas, reveladas en los actos de violencia y en las represalias que estos originan, acompaña el decrecimiento de las tendencias agresivas que se manifiestan en los delitos en general. Quien conozca la historia del crimen en Inglaterra, no podrá poner en duda que este cambio coincide con el paso de un estado más militar á un estado más industrial. «La estrecha relación que existe—dice M. Pike en su obra acerca de este asunto—entre el espíritu militar y las acciones que hoy llamamos crímenes, se ha revelado muchas veces en el curso de la historia de Inglaterra.» Si comparamos con la actual las épocas pasadas en que los efectos de las ocupaciones marciales estaban mucho menos restringidos que ahora por los de las ocupaciones pacíficas, observaremos una marcada diferencia en cuanto al número y á la especie de los atentados contra las personas y las propiedades. No hay ya filibusteros. No se oye hablar del despojo de los náufragos. Los viajeros no tienen que tomar precauciones para librarse de los salteadores de caminos. Además, la perversidad que se manifestaba en las esferas del gobierno; por ejemplo, en la venalidad de los ministros y de los miembros del Parlamento y en la corrupción de los jueces, ha desaparecido. Y al par que la intensidad del crimen decrece, aumenta la reprobación que inspira. No se ve ya en la literatura inglesa la publicación de aquellas biografías de capitanes de piratas, en que la admiración hacia el valor de sus héroes se manifestaba en cada página. No se muestra ya hoy cortesía servil hacia «los señores de los caminos». Por numerosos que sean los atentados contra la justicia



de que los periódicos informan á sus lectores, han disminuído mucho, y si en los negocios queda todavía gran dosis de mala fe, que principalmente se pone en juego por medios indirectos, basta leer los *Mercaderes ingleses*, de Defoe, para comprender lo que se ha adelantado desde aquella época. No hay que olvidar tampoco que el cambio de carácter, á que se debe la disminución de las acciones injustas, ha sido también causa del aumento de las acciones benéficas. De ello tenemos ejemplos en las suscripciones en favor de la emancipación de esclavos y de los heridos extranjeros, etc., y en la innumerable serie de las obras filantrópicas.

§ 575. De igual manera que respecto del tipo militar, tres clases de pruebas nos muestran la naturaleza fundamental del tipo á que pertenecen las sociedades industriales. Resumiendo los resultados que hemos obtenido, podremos apreciar la analogía que existe entre estos diversos órdenes de pruebas.

Al estudiar los caracteres de una sociedad organizada exclusivamente para facilitar la actividad interna encaminada á conservar del mejor modo posible la vida de los ciudadanos, hallamos lo siguiente. La acción colectiva que subordina los actos de los individuos al unirlos en un esfuerzo combinado, no es ya una condición necesaria. La acción colectiva que subsiste tiene por fin el de preservar á la actividad del individuo de toda intervención que no esté exigida necesariamente por la limitación recíproca de los derechos individuales. El tipo social en que mejor se cumpla esta función es el que debe sobrevivir, puesto que es aquel cuyos miembros pueden prosperar más. Como en el tipo industrial no cabe autoridad alguna despótica, no admite aquél como órgano apropiado

para cumplir la acción colectiva necesaria más que un cuerpo de representantes cuya misión consiste en expresar la voluntad común. La función de este órgano de gobierno, que se denomina generalmente administración de justicia, consiste especialmente en velar porque cada ciudadano obtenga los beneficios que su actividad le proporciona, ni más ni menos, lo cual excluye toda intervención pública que implique una distribución artificial de ventajas. El régimen de la condición ó estado legal, propio del militarismo, desaparece, y el régimen del contrato, que le reemplaza, se impone á todos y no consiente intervención alguna que establezca una relación arbitraria entre los esfuerzos de cada hombre y sus resultados. Desde otro punto de vista, el tipo industrial se distingue del tipo militar en que no es, como éste, positiva y negativamente regulador, sino sólo negativamente. Al mismo tiempo que disminuye la esfera de la acción corporativa, se ensancha la de la acción individual. De la cooperación voluntaria, principio fundamental del tipo industrial, nacen innumerables asociaciones privadas, análogas en su estructura á la asociación pública, ó sea á la sociedad de que forman parte. Como resultado indirecto, una sociedad del tipo industrial está caracterizada por la plasticidad y tiende á perder su autonomía económica y á fundirse con las sociedades vecinas.

La cuestión que enseguida se plantea es la de si estos caracteres del tipo industrial, que la deducción nos proporciona, se encuentran comprobados por la inducción. Con más ó menos claridad los vemos indicados en las sociedades, según el desarrollo mayor ó menor que en ellas ha alcanzado el industrialismo. Si echamos una ojeada sobre los pequeños grupos no civilizados, que